

COLECCIÓN CRISTIANOS DE HOY

Allí estabas tú

JUNTO A JESÚS EN LA PASIÓN

JESÚS MARTÍNEZ GARCÍA



COBEL EDICIONES

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. Todo será diferente	
2. Sé tú el protagonista	
I. JESÚS	13
3. ¿Qué dice la gente?	
4. ¿Quién es Jesucristo?	
5. Encontrar a Cristo	
II. AQUI ESTOY YO	19
6. Yo soy YO	
7. Ayúdame; gracias	
8. Yo, pecador	
III. SAN PEDRO	29
9. Historia de un santo	
10. Todos tenemos vocación	
11. ¿Quieres ser santo?	
IV. LUNA LLENA	41
12. La oración de Jesús	
13. ¿Por qué tengo que hacer oración?	
14. No sé hacerla	
V. OLIVOS CENTENARIOS	51
15. Agonía de Jesús en el huerto	
16. La intensidad del <i>set-ball</i>	
17. Morir una vez	
VI. JUDAS	61
18. Una vida inútil	
19. Síntomas de la tibieza	
20. Compromiso cristiano	
VII. LOS FARISEOS	71
21. Jesús da la cara	
22. ¿Eres un hipócrita?	
23. Respetos humanos	

VIII. PONCIO PILATO	81
24. Radiografía de un pecado	
25. <i>Ecce homo</i>	
26. Sinceridad	
IX. EL FLAGELO	93
27. Crueldad histórica	
28. ¿Qué supondrá el pecado?	
29. Expiación	
X. MADEROS Y CLAVOS	105
30. Camino del Calvario	
31. ¿Trabajas o estudias?	
32. Crucificados por los caprichos	
XI. LA CRUZ	117
33. Esencia de amor	
34. Obediencia	
35. ¿Por qué tengo que ir a Misa?	
XII. LA MAGDALENA	127
36. Mujer, ¿por qué lloras?	
37. Frivolidad	
38. La espera de Dios	
XIII. VIRGEN DOLOROSA	137
39. <i>Stabat Mater</i>	
40. He ahí a tu Madre	
41. La recibió en su vida	
XIV. SAN JUAN	145
42. Un chico que fue cambiando	
43. La ley del amor	
44. Lo que necesitas es amar	
XV. DIMAS	155
45. Acuérdate de mi cara	
46. Un noviazgo de cincuenta años	
47. El camino de la felicidad	
XVI. EL SOL	167
48. Ha salido el sol	
49. Hemos visto al Señor	
50. La ciudad de la alegría	

1. Todo será diferente

Aquella mañana era domingo. Era el primer domingo de la historia, el que iba a marcar todas las semanas posteriores.

Ha amanecido hace un rato. Como todas las mañanas de los domingos de todas las ciudades, la ciudad de Jerusalén duerme esa mañana.

No se ve a nadie circular por las calles, todo está en calma.

Parece que todos duermen, pero esa mañana todo el mundo está en pie. Hay mucha tensión contenida. Detrás de las ventanas cerradas de las casas, los corazones de la muchedumbre que abarrota Jerusalén laten con fuerza. También los fariseos están inquietos, aunque tienen guardias por toda la ciudad *por si acaso*.

Y es que los ojos del más de un millón de personas venidas para las fiestas están pendientes de un sepulcro, el de Jesús de Nazaret, ajusticiado el viernes pasado, porque había dicho que resucitaría al tercer día.

Nadie duerme allí, ¡como para dormirse esa noche! Todo el mundo está a la espera de las noticias. Pero nadie se mueve, como quien espera el inminente estallido del volcán cercano, o la señal para comenzar la revolución popular todo un pueblo que ha sido oprimido durante decenios.

Pero nadie hace un gesto que pueda delatarle. Todo el mundo está a la espera. Las calles siguen en calma aunque el sol ha comenzado a elevarse.

De pronto se escuchan unos pasos desacompañados que suben por una estrecha calle empedrada. Un curioso no puede aguantarse y abre unos centímetros una ventana de madera. Por la rendija entra la luz amarilla.

– Es una mujer –dice a los de dentro– que sube jadeando. Lleva el pelo suelto y parece que tiene prisa. Con una mano se agarra la falda para no tropezar.

Ella sigue subiendo y desaparece del campo de visión del curioso de la ventana, que se apresura a cerrarla. Se siguen escuchando sus pasos, cada vez más lejanos, y de nuevo el silencio.

Por fin la mujer se detiene frente a una casa. Llama a la puerta. Dentro, en penumbra, están varios hombres sentados en corro, como esperando. Al oír los golpes se sobresaltan.

– ¿Será la policía? ¿Quién será?

Uno se acerca a la puerta y con voz seca pregunta:

– ¿Quién es?

– Soy yo, María Magdalena.

Un inmenso chorro de luz entra por el hueco de la puerta abierta. A contraluz les dice:

– No está en el sepulcro.

Como si de una contraseña se tratara, Pedro y Juan salen corriendo hacia las afueras de la ciudad. Juan llegó antes al sepulcro, pero se quedó a la puerta y no entró. Cuando Pedro hubo entrado en él, Juan miró hacia dentro. “Y vio y creyó” (Jn 20,8), dice él en su Evangelio.

¿Qué es lo que vio Juan? Vio que el sudario, una tela que se colocaba sobre la cara de los difuntos, estaba doblado aparte (señal de que no había habido ladrones, pues suelen dejar todo revuelto), y los lienzos –unas cintas grandes que envolvían una gran sábana– estaban “caídos”. Juan se da cuenta de que están ¡caídos! No tirados en el suelo de cualquier manera. Están exactamente en el mismo lugar y posición en que los dejaron, pero sin cuerpo dentro.

Nadie los ha desenvuelto para sacar el bulto y volver a enrollar las cintas. No; son como un globo deshinchado. Y no hay agujeros. ¿Por dónde ha salido? ¡Se ha evaporado, se ha ido! No, no se lo han llevado... ¡Ha resucitado, según predijo!

Pedro sale despacio de dentro con cara perpleja, mira a Juan con cara seria y, a cámara lenta, a ambos les va cambiando la cara, como cuando a uno le dan la noticia de que ha aprobado todo el curso... ¡después de tanto sacrificio!; como cuando a una madre le comunican que su hijo que estaba en la guerra y no volvió en el tren con los supervivientes, le dicen que su hijo está ahí afuera...

Las caras de Pedro y de Juan se han iluminado. La sorpresa ha dado paso a la alegría; ¡Ha resucitado! ¡Jesús ha resucitado!

A partir de ahora todo será distinto. Ha comenzado la mayor revolución –de paz– que jamás ha existido: el cristianismo.

2. Sé tú el protagonista

Es absolutamente cierto que Cristo ha resucitado. Los que le vieron y hablaron con Él después de la resurrección no sólo lo propagaron con sus palabras, sino que dieron su vida por ello.

Pero si esto es verdad, la historia debería dividirse en dos: antes de Cristo y después de Él. Ya ningún

hombre debería pasar por la tierra sin conocer a ese Hombre llamado Jesús y tener noticia de lo que dijo.

Bueno será conocer las cuatro biografías que nos dejaron de Él los que Le conocieron y los que oyeron hablar de Él a sus Apóstoles. Bueno será leer despacio los Evangelios para conocer su vida y sus palabras y, sobre todo, el momento, *la hora*, a la que apuntaba toda su existencia: su Pasión y Muerte.

La Resurrección es la prueba clave, la demostración de que Jesús decía la verdad. Pero antes del Domingo de Resurrección Jesús tenía que pasar por el Viernes Santo. Te invito, pues, en estas próximas páginas a considerar la Pasión del Señor.

Pero no seas un frío testigo de aquellos tremendos sucesos. Intenta considerarlos como lo que fueron: un drama cruel, una injusticia, si se ve desde un ángulo humano; momentos de salvación, si se ven desde el ángulo de Dios.

Porque, efectivamente, *allí estabas tú*; virtualmente, en tu realidad, con tus pecados. Porque esta es la realidad: en Adán pecamos todos, y nacemos en pecado. El pecado es una realidad en el mundo, en nuestra propia historia.

Allí en Jerusalén, en la Pascua del año treinta y tres después de Cristo, allí estaban Adán y todos los hijos de Adán.

Jesús murió por ti. Considera la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo como lo que fueron: los momentos más trascendentales de la historia de la Humanidad, y los más importantes de tu propia historia.

Meditar esos momentos es algo que hemos de hacer de vez en cuando. “¡Cuánto agrada a Jesucristo nuestro recuerdo frecuente de su pasión y cuánto siente que lo echemos en olvido! Si uno hubiera padecido por su amigo injurias, golpes y cárceles, ¡qué pena le embargaría al saber que el favorecido no hace nada por recordar tales padecimientos, de los que ni siquiera quiere oír hablar!” (SAN A. M. DE LIGORIO, *Práctica del amor a Jesucristo*).

Una vez que hubo resucitado, Jesús habló con sus discípulos. “Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: Que así estaba escrito, que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos, y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados”(Lc 24, 46-47).

Pido a Dios que también a nosotros nos abra la inteligencia para que entendamos nuestra presencia en la Pasión, la necesidad de pedir perdón por nuestros pecados y no vivamos ya para nosotros mismos, sino para Aquél que por nosotros murió y resucitó (Cf. 2 Co 5,15).

Hablemos, pues, en primer lugar de los dos grandes protagonistas de la Pasión –Jesús y yo–, para después mirar a otros testigos de esos momentos y sacar consecuencias.